



SECRETARIA
PRO COMMUNICATIONE

DE LA VISIÓN COMUNICATIVA INSTRUMENTAL DE *INTER MIRIFICA*
A LA COMUNICACIÓN DE LA PROXIMIDAD DEL PAPA FRANCISCO

Mons. Dario Edoardo Viganò

Barcelona, 3 diciembre 2015

El 4 de diciembre de 1963, hace exactamente 52 años, 1.960 padres conciliares dieron su *placet* – los contrarios fueron 164– al decreto del concilio Vaticano II «sobre los instrumentos de comunicación social». Este documento fue de los primeros en ser votado, pero los números no deben engañarnos: lo que a nosotros, acostumbrados a mayorías “políticas” bastante exiguas, podría parecernos una victoria aplastante no se percibió como tal. Lo demuestran no sólo las mayorías mucho más obvias que aprobaron los otros documentos conciliares, sino también la lluvia de críticas que acompañó la difusión de *Inter mirifica* desde sus primeros días de vida.

Podemos decirlo: en la rica colección de los textos emanados por el Vaticano II, no hay ninguno que haya reunido tantas oposiciones como el decreto sobre las comunicaciones sociales. La víspera de su votación, aún circulaba entre los padre conciliares un ciclostil de tonos alarmantes. El texto es conocido:

¡Urgente! Venerables Padres: habiendo leído una vez más el esquema *De mediis communicationis socialis* antes de las votaciones definitivas, muchos Padres juzgan su texto indigno de un decreto conciliar. Los Padres piden que se reflexione y se vote *non placet*. De hecho, el decreto defrauda las expectativas de los cristianos, especialmente de los competentes en materia. Si fuera promulgado como decreto, perjudicaría el honor del Concilio¹.

¹ Véase, en general, el amplio comentario de E. Baragli, *L'Inter mirifica. Introduzione, storia, discussione, commento, documentazione*, Studio Romano della Comunicazione Sociale, Roma 1969, 159.

Fue aprobado igualmente, pero el texto final llevaba las cicatrices de una historia bastante difícil: previsto inicialmente como constitución, fue rebajado al rango de decreto; reducido drásticamente (de los 114 párrafos iniciales a los 24 de la última redacción), y fue bombardeado con comentarios duros y polémicos, que, con las palabras de Laurentin, tendían a estigmatizar un documento «banal, moralizante, estéril y poco abierto al papel de los laicos [...] un texto sin profundidad, que elimina los puntos principales del debate y de la contraposición, renunciando a tomar partido sobre los problemas, que no da pie a ninguna oposición, pasa sin dolor, pero sin provecho»².

Evidentemente el problema central no se refería a la intuición de fondo, es decir, a esa mención de los *mirabilia* de la comunicación que tendría una amplia difusión en los años siguientes³. La crítica más feroz se concentraba en un triple fracaso: a) la incapacidad sustancial de interceptar las expectativas de los profesionales de los medios de comunicación; b) la carencia de base teológica; c) la visión instrumentalista de la comunicación.

Para sus detractores, *Inter mirifica* carecía de una verdadera definición de comunicación. El enfoque se adecuaba sustancialmente a la idea de comunicación en auge entre los años 50 y 60 del siglo pasado. Lo confirma indirectamente el redactor principal del documento, el jesuita Enrico Baragli, que escribe: «Para una correcta comprensión del Decreto *no* hay que atribuirle al término “comunicación” un particular valor humano y moral, identificándolo casi con “comunión”, natural o de caridad»⁴. Se trata, más bien, de ese tipo de comunicación “intencional” que, siguiendo la línea de la vieja Escolástica, puede describirse como

conjunto de actividades humanas, mediante las cuales: sujetos Promotores (=sP), por un lado, que quieren comunicar a otros, sujetos Receptores (= sR), sus propios Contenidos de conciencia = C, los manifiestan expresándolos con Formas sensorialmente perceptibles y convenidas con el Receptor; por el otro, sujetos Receptores que hacen suyos los mismos Contenidos de conciencia de los Promotores, accediendo a las mismas formas sensibles como a signos, es decir, en cuanto cargadas de significados⁵.

No hace falta ni decirlo: estamos muy lejos de las modernas teorías sobre la comunicación, pero probablemente pedir algo distinto para aquellos años habría sido demasiado pedir.

² *L'enjeu du Concile. Bilan de la deuxième session*, Seuil, Paris 1964, 165-168.

³ En verdad, la idea no era nueva. Aunque durante la fase preparatoria solamente 18 de las 9.348 propuestas para el Concilio hicieran una referencia clara a los medios de comunicación, ya Pío XII había sintetizado en la encíclica *Miranda prorsus* (1957) el vivo interés de la Iglesia hacia los medios de comunicación. La redacción final de *Inter mirifica* citaba significativamente las palabras: *Summo cum gaudio Catholica Ecclesia cunctas excipit mirandas prorsus technicae artis inventiones*.

⁴ Baragli, *L'Inter mirifica*, cit., 278.

⁵ *Ibid.*, 249.

El documento remitió explícitamente a futuros acontecimientos (n. 18: las Jornadas mundiales de la comunicación social), estructuras (n. 19: una “Comisión” especial de la Santa Sede) y profundizaciones (n. 23: en 1971 se publicó *Communio et progressio*), pero la impresión siguió siendo siempre la de un decreto sin destinatarios, que dejaba descontentos a todos y parecía que no había dicho nada determinante para nadie. En cambio, la historia de sus efectos documentó paradójicamente lo contrario.

* * *

La rápida sucesión de documentos que aceptaron el mandato de profundizar (más que aplicar) el decreto sobre las comunicaciones sociales acabó por darle indirectamente vida, aunque transfiguró sus perspectivas. En la historia de ese «triángulo conceptual» trazado por *Inter mirifica*, *Communio et progressio* y *Evangelii nuntiandi*⁶, el límite se convirtió en recurso. Citaré solo dos ejemplos:

- a) lo que había sido una propuesta generalista y potencialmente estéril (en cuanto “no profesional”) pudo releerse como respuesta a la necesidad *de un enfoque no especialista* de la comunicación, que, en efecto, nunca debe reducirse a una cuestión meramente técnica y siempre debe abrirse en primer lugar a la profundidad antropológica de sus propias interacciones⁷;
- b) lo que podía ser una carencia teológica (pero ¿de qué teología? ¿Acaso una de impronta doctrinal y libresca?) pudo convertirse en la *apertura a un lenguaje más vivo*, ya no elitista, sino capaz de llegar a todos con inmediatez tangible y usual⁸.

Quedaba trazada la parábola de la relectura de la comunicación en la sensibilidad de la Iglesia. El camino no era fácil, como demostró la solución de la última reserva que había dejado abierta *Inter mirifica*: la de la visión instrumental.

⁶ Cfr. D. Pompili, «A cinquant’anni dall’*Inter mirifica*, quel che resta», Macerata, 26 de octubre de 2013.

⁷ Cfr. G. Mazza, «Questione antropologica e nuove tecnologie», en CEI, *Chiesa in rete 2.0*, San Paolo, Cinisello B. 2010, 30-41.

⁸ En verdad, hemos de decir que *Inter mirifica* no carecía totalmente de contenido teológico, porque es posible ver en ella por lo menos una atención moral y pastoral que es parte integrante de la teología. Igualmente, hay que precisar que ningún *desideratum* previo a la redacción del texto planteó la hipótesis de que el documento final debería contener reflexiones teológicas importantes, que, en cualquier caso, podían tomarse de todos los demás textos conciliares. Por este motivo los críticos más moderados concuerdan a menudo en afirmar que la carencia teológica del decreto se explica más como pretermisión que como laguna, y que, si acaso, la carencia habría sido de fondo: en la época que el texto fue redactado faltaba, de hecho, una reflexión teológica general sobre la comunicación, y habría sido completamente anacrónico buscarla en *Inter mirifica*.

La hipoteca de un pasado que arrastraba los prejuicios de verticalismos doctrinales y rigideces culturales no desdeñables pesaba como una losa. Si por un lado, eran cada vez más sinceros cierto moderado optimismo⁹ y la enumeración de las “maravillas” de la comunicación, la transición de la desconfianza a la utilización concreta parecía exigir una fundación previa. Parecía, a fin de cuentas, que no se podía hablar de comunicación sin la tutela implícita de un sistema doctrinal, sin el escudo tranquilizador de una teología de apoyo. Con estas premisas, pues, no podía haber una “disciplina de la prensa” que no estuviera respaldada por una “doctrina de la buena prensa”; no tenía sentido ceder a la maravilla, si de muchos prodigios no se podía hacer un *uso* (pastoral, pedagógico, parenético) finalizado más o menos explícitamente a la edificación y al anuncio.

Era la idea, persistente incluso en el lenguaje contemporáneo, de los “medios” de comunicación: instrumentos casi inertes cuya funcionalidad y cuyos efectos, según los paradigmas de una ingenua teoría de la linealidad comunicativa, eran perfectamente modelables y previsibles. *Arma veritatis*, la comunicación social podía ser un recurso inigualable para la misión de la Iglesia, pero su profundidad cultural, antropológica y espiritual quedaba inexplorada.

Este fue –lo repetimos– el punto de transición más difícil. El cambio de la visión instrumental a una visión de la complejidad de ambientes tuvo lugar ante todo mediante el diálogo cultural. El magisterio de Juan Pablo II se encargó de ello mediante textos como la *Redemptoris missio* (1990; cfr. en particular el n. 37) y la *Aetatis novae* (1992). La revaloración de la cuestión antropológica propuso de nuevo la centralidad de la persona sobre la base de perspectivas de largo alcance, de la *info-tainment* a la *info-ética*. La cultura, con sus matices dialécticos y la crucial movilidad de sus instancias demandas, se convertía en la línea discriminadora.

El punto de referencia, fuera de las muchas voces presentes en el debate, volvía a ser el Concilio. Ironía y paradoja: el mismo Concilio pone remedio al “fracaso” del Concilio; las lagunas de *Inter mirifica* hallan en la totalidad integrada de otros textos conciliares –en primer lugar *Gaudium et spes* y *Lumen gentium*– el fundamento para un ajuste promovedor y radical¹⁰.

* * *

⁹ D. Arasa, «El Magisterio de la Iglesia católica sobre la comunicación», en J.M. La Porte (ed.), *Introducción a la comunicación institucional de la Iglesia*, Palabra, Madrid 2012, 34.

¹⁰ Cfr. D.E. Viganò, «Il Concilio Vaticano II e la comunicazione», en *La Parabola* 29 (2013) 85. Cfr. en general Id., *Il Vaticano II e la comunicazione. Una rinnovata storia tra Vangelo e società*, Paoline, Milano 2013. Sobre la relación entre *Gaudium et spes* e *Inter mirifica* no puede faltar una referencia a N. Tanner, *The Church and the World. Gaudium et spes, Inter mirifica*, Paulist Press, New York/Mahwah, NJ 2005.

No es esta la ocasión para examinar detalladamente la aportación que la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo dio al relanzamiento de una comunicación centrada en el hombre. Baste subrayar aquí que la mayor riqueza de la *Gaudium et spes* se expresa ante todo en su inspiración de fondo: la misma –y no es una casualidad– que anima visiblemente el pontificado del papa Bergoglio. Podríamos resumirla así: comunicar la verdad teológica sobre el hombre es posible solamente mediante una amplia apertura antropológica sobre el mundo.

El secreto ha sido revelado, y por fin la revolución es realísticamente posible: esos canales comunicativos que en los años 60 eran pensados como “medios” (McLuhan, en 1967) son vistos, primero, en su naturaleza más propia de “ambientes” (Meyrowitz, en 1993) y, luego, de “tejidos conectivos” (desde Siemens en adelante, en 2004). Pero evidentemente no se trata solo de una revolución comunicativa. Lo que se inaugura –nos diría Pierre Lévy– es *una nueva ingeniería de la identidad y del vínculo social*. Esta hace surgir otro tipo de subjetividad en el momento en que

pulveriza los signos del saber o de la identidad, pero es para permitirles derramarse, mezclarse, encontrarse, valorizarse, dilatarse e intercambiarse. ... No hace fragmentarse a las identidades, sino que las *libera*: devuelve a cada cual el poder de forjar sus imágenes¹¹.

El colectivo inteligente, el entramado de sujetos interactivos que anima la comunicación postmoderna, es protagonista de la mayor movilidad que haya experimentado nunca la historia humana. Si por un lado, esta movilidad es portadora potencialmente de segregaciones, fracturas e integrismos, (porque corre el riesgo de dejar atrás a enteros segmentos sociales y culturas enteras, víctimas aún del *digital divide*), por el otro, puede dar espacio realísticamente –precisamente en virtud de sus amplias potencialidades de relación– a «una verdadera industria de la restauración del vínculo social, de la reinserción de los excluidos, de una nueva fusión de identidades en individuos y comunidades desestructuradas»¹².

El Concilio no previó todo esto, pero en cierto sentido lo hizo posible. Y si esto es verdad, no causa asombro ciertamente que el pontificado actual retome y reanime la vitalidad de este proceso: se trata de la misma idea, articulada y puesta al día a la luz de las instancias más modernas. Esto nos permite mirar con gran confianza –si acaso fuera necesario un incentivo para tenerla– al modelo comunicativo del papa Francisco: en su estilo se expresa no solo el mérito individual de un comunicador excelente, sino que brilla también con nueva lozanía la pasión que animó, en el siglo pasado, la síntesis conciliar.

¹¹ P. Lévy, *L'intelligenza collettiva. Per un'antropologia del cyberspazio*, Feltrinelli, Milano 2002 (orig. 1994), 162.

¹² *Ibid.*, 51.

* * *

De la manera de comunicar del papa Francisco se ha dicho mucho y se seguirá diciendo. Su peculiaridad más evidente parece ser su inmediatez que ninguno de sus predecesores logró –ni siquiera el mismo Juan Pablo II, que en esto fue un maestro–. Bergoglio «parece haber evitado la intermediación de los “expertos”» para ofrecer un acceso libre a todos, sin pasar a través de filtros¹³. No entran en juego técnicas particulares, pero tampoco puede pregonarse una espontaneidad solo y totalmente carismática. La de Francisco es una reprogramación del enfoque relacional que vuelve a poner el primado de Pedro en el circuito de la Iglesia, calificándolo como fermento y no (solo= como referencia fundante.

Es algo más que la simple adopción de lenguajes, estilos, gestos sencillos y cotidianos, que son también objeto de la atención mediática diaria. Escribe Kurt Appel:

Los signos y las palabras de este papa están modificando el orden simbólico –entendiendo como tal el mundo afectivo, cultural, lingüístico, intelectual y narrativo– en el que la Iglesia católica se funda, con posibles efectos también para el cristianismo y el mundo secular¹⁴.

La expansión centrífuga –en la lógica del «salir» y del «ir hacia»– concreta la arrolladora revolución de Francisco sin que sea necesariamente un punto de ruptura. El milagro del papa argentino ha sido precisamente el de «no adentrarse en el choque cultural remarcando las diferentes identidades, sino en el de indicar un nuevo estilo dialógico. El objetivo es mostrar que hoy también es posible experimentar la “alegría del Evangelio” (*Evangelii gaudium*), que evite los tonos de la denuncia y de la nostalgia y encuentre los tonos de la participación y de la propuesta»¹⁵.

Claridad, sobriedad y amor se suman a la tríada del compartir que se hace don, del diálogo que se hace también (y sobre todo) escucha, de la globalidad que se hace universalidad (“catolicidad”) sin fronteras.

La palabra de orden es *proximidad*: y aquí resplandece el legado conciliar. La atención a lo humano se vuelve huella de un anuncio fecundo: no simple “preparación” evangélica, sino evangelio ella misma. El hombre vivo –todo el hombre, desde el centro a las periferias– da gloria al Dios vivo. La antropología ofrece así el más connatural de los accesos pastorales: libera las identidades;

¹³ Cfr. G. Valente, «Il Papa “senza filtri”», en *Vatican Insider* del 21 de octubre de 2013.

¹⁴ K. Appel, «Un nuovo ordine simbolico», en *Il Regno/Attualità* 22 (2014) 798.

¹⁵ D. Pompili, «Dall’*Inter mirifica* a papa Francesco», conferencia pronunciada en el Seminario regional “San Pío X” de Chieti, Italia, el 10 de marzo de 2015.

recompone las masas en asambleas, y las asambleas en comunidades; dice Dios diciendo el hombre; una verdad y caridad, pasando a través del camino obligado de la misericordia.

Esta lección sin duda va más allá de la misma persona de Bergoglio, que de ella es testigo autorizado y creíble. Con una mirada retrospectiva, podemos decir que el decreto *Inter mirifica*, y con él el Concilio en su totalidad, han tenido una posteridad más fecunda de lo que podían prometer. Todo acto de proximidad, desde la caricia a un discapacitado al sacrificio de la vida por otro, es en cierto sentido heredero, voz, comunicación auténtica.